

Reflexiones acerca de la identidad italiana

Por ENRIQUE GUARNER

NADIE sabe a ciencia cierta quiénes pueden haber sido los primeros habitantes de la Península Itálica. Algunos autores consideran que originalmente ella fue ocupada por bereberes de raza blanca semejantes a los libios o kabilas actuales. También se supone que los etruscos pertenecieron a esta misma familia.

Al llegar a Europa los arios se dividieron en varios grupos, una de las ramas se separó del tronco común poblando la Germania y los países escandinavos. La segunda colonizó el sur y estaba compuesta por lo que en la antigüedad se conocía bajo los nombres de los tracios, ilisios y ligures. De los anteriores los helenos se dirigieron hacia los territorios del sudeste desarrollando una de las mayores civilizaciones de todos los tiempos.

Tres siglos después aparecieron los latinos que ocuparon Italia. En sus comienzos se dedicaron a la agricultura y todos sabemos que en contraste con los pueblos comerciantes, las personas que cultivan las tierras son más estables porque participan de la fijeza que representan las cosechas. Por el contrario el negociante suele ser errante porque busca ante todo la ganancia y sus alternativas condicionan el espíritu de la especulación.

Puede decirse sin embargo, que pronto los latinos asimilaban la fuerza militar de sus vecinos y se lanzaron a las conquistas. Debe añadirse que al haber sido labradores fueron prudentes y organizados por lo que en corto tiempo se convirtieron en el país que por más siglos ha dominado en la historia. El escritor Lucilio quien viviera en el año 80 antes de J.C., aseguraba que los romanos siempre habían sido derrotados en las primeras batallas, pero que después ganaban las guerras. Ponían por ejemplos la invasión de Pirro, la campaña de la Galia y los iniciales triunfos de Anibal.

Tal vez en ello reside el genio político latino que supo calcular las combinaciones que se le presentaban y llegó de lo particular a lo general organizando sus instituciones y ejército que al final sabían imponerse. El romano amaba lo grandioso y sin embargo era utilitario alcanzando el poder. Por supuesto que junto a estas cualidades existían defectos como su rapacidad, la astucia y la perfidia, elementos que empleó para someter a los pueblos que se conocían entonces.

Otra ventaja que tuvo fue el contar con un lenguaje fijo, regular e inteligente. El latín posee menos riqueza y flexibilidad que el griego pero es un idioma sumamente equilibrado que detenta una bella ordenación en sus vocablos y construcción. Cuando el pensamiento lo exige el habla se hace rápida y toma una fuerza vibrante. Se puede notar la solemnidad de Roma cuando aprendimos los elementos del latín en los cursos de secundaria. Fue por ello que los géneros literarios que adquirieron mayor originalidad fueron la elocuencia y la sátira. Quintiliano decía que la Retórica en la que predomina el uso fluido del lenguaje solamente se daba en Roma. En cuanto a lo satírico que es el arma con la que se fustiga a las personas para cambiar sus ideas y mejorar sus costumbres era una cualidad de los latinos. Séneca afirmaba «La burvia a sátira tota nostra est».

Para muchos historiadores la caída del imperio romano ocurrió en el año 476, cuando fuera depuesto el último de sus emperadores. Sin embargo, el proceso tiene que haber sido muy lento y tedioso. Tres causas incluyeron en ello: la primera la dificultad para contener a los bárbaros que invadían las fronteras, la segunda la constituyó la corrupción interna que constantemente provocaba inflación y la tercera el crecimiento del poder eclesiástico que ofrecía el cielo, reduciendo el valor de la labor terrena.

A partir de su decline, Italia permaneció a lo largo de siglos sin despertar y solamente servía para el paso de los cruzados. No fue hasta la llegada del Renacimiento cuando volvió a resurgir. Este último resultó más que nada un estado de ánimo que propugnaba por la creación espiritual, sin pensar en fin práctico alguno. El genio latino quedó personificado en talentos como los escritores Dante Alighieri y Petrarca; los pintores Leonardo da Vinci y Rafael; el escultor Miguel Ángel; el científico Galileo y hasta un escritor político Maquiavelo.

A pesar de ello Italia continuó dividida y sufría las frecuentes invasiones francesas, españolas o austriacas hasta que en 1870 la unificó Garibaldi proclamando como rey al pretendiente de la casa de Savoya. Desde 1925 hasta 1943, el país fue gobernado por un dictador fascista Benito Mussolini y después de la Segunda Guerra Mundial se promulgó una constitución.

La península itálica con Sicilia posee una superficie de 131000 millas cuadradas y una población aproximada de 60 millones de habitantes. Por sufragio universal elige a un presidente que gobernará durante siete años y una cámara de diputados que cuenta con 630 miembros.

El paisaje es bellissimo y su clima mediterráneo con grandes variantes entre el este y la costa adriática que es más fría.

El carácter italiano

Luigi Barzini en su libro «Los italianos», que fuera publicado en 1964, nos señala que el habitante del país escenifica teatralmente sus actos. Para expresar sus sentimientos las emociones de un madre se vuelven muchos más elaboradas, cuando tiene un público presente. Si ella está sola y arrulla a su hijo la hará con naturalidad, tranquilidad y con una ternura espontánea.

En cambio si alguien se presenta en la habitación ella impersonificará a la madre más amorosa que pueda hallarse y sus gestos y reacciones aparecerán afectados. Es decir, que los italianos dan siempre la impresión de que tienen que representar un papel abultado, no sólo ante los demás, sino frente a sí mismos, sobre todo cuanto hay una concurrencia.

Tal vez sea esta rasgo histórico uno de los factores para la impulsividad irresistible que muchos de nosotros hemos percibido en la vida italiana. En los cafés y restaurantes las voces y los gestos tienen que escucharse o hacerse visibles desde cualquier distancia. Uno puede hasta imaginarse las conversaciones desde un lugar apartado. Stendhal captó este ardor y sensibilidad tumultuosa cuando vivió en Italia y lo denominó «una forma de energía salvaje».

Entre los habitantes la precocidad sexual se despierta temprano y son famosas las pasiones que ella engendra. Romeo y Julieta tuvieron que haber nacido en Verona y su tragedia sigue conmoviendo al pueblo. La libido del italiana puede contemplarse en cualquier discusión, en las asociaciones que se hacen ante ideas lejanas o accidentales. Por otra parte la posesividad del objeto erótico desencadena celos extremos y el concepto del honor suele ser viviendo como algo de carácter inflexible. Aunque entre los peninsulares predomine la religión católica, la venganza es primero y siempre habrá un ocasión posterior para obtener la absolución.

Señalamos en artículos anteriores que la estructura familiar de los ingleses y alemanes se rompe bastante temprano con la separación de los hijos. Los españoles por su forma de ser individualistas tienden a ser independientes. Los franceses serían un grupo intermedio en relación a los anteriores. Por el contrario, los italianos son los que organizan las entidades familiares más sólidas. Barzini manifiesta que el poder en su nación reside en la unión sanguínea. Entre los suyos el individuo encuentra: protección, ayuda, consuelo, consejo, préstamos y hasta en el caso de la «mafia» cómplice.

La familia constituye un refugio frente a las derrotas o el aplauso ante los éxitos. El grupo es la institución fundamental y su poder resulta de tal naturaleza que se puede decir que Italia está formada por millones de familias que permanecen juntas por un instinto ciego. Cada miembro tiene su papel que cumplir y la finalidad de adquirir propiedades o dinero no tiene otra razón que mantener la unidad.

El líder dentro de la familia es el padre aunque sea la madre la que domine dentro del hogar. Ella sabe de su importancia pero adopta una posición subordinada dedicada a la cocina y las labores de la casa. Se puede juzgar de su trascendencia porque la expresión que más se escucha es ¡Mamma mia!. sin embargo, Barzini señala con cierta razón el dato de que en todos los países que conoce siempre aparece alguna heroína en la historia, mientras en Italia no existe ninguna. De cualquier manera se puede concluir que la familia sufriría un colapso sin su presencia.

El padre suele pasar mucho tiempo fuera del hogar. En general, se muestra orgulloso de su masculinidad y si es rico se vestirá con esmero mostrando constantemente su elegancia y presumiendo con los amigos de sus conquistas. Para él las mujeres están en el mundo para divertirlo y consolarlo, constituyéndose en objetos decorativos. A pesar de ellos el italiano moderno es un trabajador empedernido que ha industrializado a su país. Immanuel Kant admiraba su inteligencia, sensibilidad y sobre todo su enorme voluntad para ejercitar cualquier labor.

Alrededor de la familia gravitan los hijos que deben ser extremadamente obedientes, los tíos, los sobrinos, un gran número de primos y sobre todo los abuelos quienes por su larga experiencia siempre son consultados. Los matrimonios constituyen promociones que a veces por el dinero que aporta la mujer influencia la prosperidad del grupo.

A lo largo de los siglos se ha desarrollado en el italiano una gran sensibilidad estética. Ella no solamente se ha manifestado en la pintura, sino también en la música. Parecería existir en este pueblo un sentimiento natural hacia la belleza auditiva. Recuérdese los grandes genios que Italia nos ha dejado desde Monteverdi, Palestrina, Pergolesi, Vivaldi, Verdi o el mismo Puccini. Ellos han producido la unión de la imaginación con un gran sentido de la armonía y ésta es una razón más que suficiente para que muchos de nosotros vivamos a Italia dentro de nuestra mente.